

JOHN P. STRELECKY

UN CAFÉ EN EL FIN DEL MUNDO

Una historia sobre
el sentido de la vida

Traducción de Elena Martí i Segarra



Duomo ediciones

Barcelona, 2020

PREFACIO

A veces, cuando menos te lo esperas, y quizá cuando más lo necesitas, descubres que estás en un lugar nuevo, rodeado de gente desconocida, y eso te hace aprender cosas nuevas. A mí me ocurrió una noche, en un tramo de carretera oscuro y solitario. Pensándolo ahora, me doy cuenta de que mi situación en aquel momento era el reflejo de la vida que llevaba entonces. Estaba perdido en la carretera, igual que en la vida, sin saber exactamente hacia dónde iba o por qué me movía en esa dirección.

Me había tomado una semana de vacaciones. Quería alejarme de todo lo que tuviera relación con el trabajo. No es que mi trabajo fuera espantoso, aunque claro está que tenía sus aspectos frustrantes. Más bien fue el hecho de darme cuenta de que casi cada día me preguntaba a mí mismo si no se suponía que la vida era algo más que pasarse de diez a doce horas encerrado en un

cubículo, trabajando para conseguir un ascenso que, seguramente, significaría pasarse de doce a catorce horas trabajando en una oficina más grande.

Durante la época del instituto, estuve estudiando para entrar en la universidad; en la universidad, estuve estudiando con el objetivo de entrar en el mercado laboral; desde que empecé a trabajar, había estado esforzándome para escalar posiciones en la empresa donde trabajaba. Y ahora, me estaba planteando si la gente que me había ayudado a seguir por ese camino no me habría estado repitiendo simplemente aquello que alguien les repitió a ellos alguna vez.

Supongo que, en realidad, tampoco había sido un mal consejo, pero por alguna razón no acababa de convencerme. Tenía la sensación de haber hipotecado mi vida a cambio de dinero, y la verdad es que no me parecía estar haciendo un buen negocio. Este era el estado de confusión mental en que me encontraba cuando llegué a una cafetería llamada *Un café en el fin del mundo*.

Al explicar esta historia a otras personas, me he fijado en que utilizaban términos como «místico», o «típico de *En los límites de la realidad*». Esto último en referencia a una antigua serie de

televisión en la que la gente aparecía en sitios aparentemente normales, pero que al final no lo eran tanto. A veces, solo por un instante, me pregunto si aquella experiencia fue real. Y cuando esto me ocurre, voy enseguida a casa, abro el cajón de mi escritorio, y leo la dedicatoria escrita en la carta que Casey me regaló. Entonces recuerdo lo real que fue todo.

Nunca he intentado rehacer mis pasos y encontrar de nuevo el café. Una pequeña parte dentro de mí aún se empeña en creer que, por muy reales que fueran los hechos de aquella noche, incluso si pudiera regresar al lugar exacto en el que encontré la cafetería por primera vez, esta ya no estaría allí. Y que el único motivo por el cual la encontré fue que, aquella noche, en aquel momento, necesitaba encontrarla; existía solamente por eso.

Quizá algún día intentaré volver. O puede que alguna noche simplemente vuelva a encontrarme ante su puerta. Entonces entraré, y les explicaré a Casey, Mike y Anne, si todavía están allí, cómo cambió mi vida aquella noche en el café. Les contaré que las profundas cuestiones que me plantearon han derivado en una serie de reflexiones y descubrimientos que han ido mucho más allá de lo que habría podido imaginar hasta ese momento.

Quién sabe, tal vez esa noche la pasaré hablando con alguien que también se haya perdido y haya ido a parar al café. O quizá puede que escriba un libro relatando mi experiencia, y que esa sea, en parte, mi manera de contribuir a todo lo que el café significa.

I

Estaba circulando por una carretera nacional a una velocidad tan reducida que, en comparación, ir a pie era como estar participando en una carrera de bólidos. Tras conducir una hora a paso de tortuga, el tráfico se detuvo por completo. Encendí la radio e intenté encontrar alguna señal de vida inteligente. No se podía escuchar nada.

Al cabo de veinte minutos sin que nadie se moviera ni un milímetro, vi que la gente empezaba a salir de los coches. Evidentemente no servía de nada, pero al menos ahora todos nos podíamos quejar y hablar con alguien afuera de nuestro propio vehículo. Un cambio para variar.

El propietario de la furgoneta que tenía delante no paraba de repetir que iban a anularle la reserva de hotel si no llegaba antes de las seis. La mujer del descapotable de mi izquierda se quejaba indignada a alguien a través del móvil sobre la ineficacia de la red de autopistas estatales. A mis espal-

das, un coche cargado de jugadores de baloncesto adolescentes estaba a punto de volver loca a su acompañante. Casi podía oír los pensamientos de esa pobre chica: «es la última vez que me ofrezco voluntaria para nada». En definitiva, lo que me rodeaba era tan solo un pequeño fragmento de una larga hilera de descontento generalizado.

Finalmente, tras otros veinticinco minutos sin el más leve indicio de movimiento, apareció un coche de la policía por la mediana de la autopista. Se iba parando aproximadamente cada cincuenta metros, probablemente para informar a la gente de lo que estaba pasando.

«Por el bien de esos agentes», pensé, «espero que lleven un equipo antidisturbios».

Nos mantuvimos todos a la expectativa, ansiosos de que llegara nuestro turno. Cuando finalmente la agente llegó a nuestro tramo de carretera, nos informó de que un camión cisterna cargado de materiales potencialmente tóxicos había volcado unos siete kilómetros más adelante, y por eso habían prohibido terminantemente circular por la autopista. Nos dijo que teníamos dos opciones, o bien dar la vuelta e intentar seguir por alguna carretera alternativa, aunque en realidad no había otra ruta, o bien esperar a que los servicios de lim-

pieza terminasen su trabajo; lo cual, posiblemente, se demoraría otra hora.

Después de esto, la agente avanzó hacia el siguiente grupo de conductores desconsolados. Me quedé un rato observándola. Cuando oí quejarse de nuevo al tipo de la furgoneta sobre su reserva de las seis de la tarde, decidí que mi paciencia se había agotado.

«¿Por qué siempre tienen que pasarme cosas de este estilo justamente cuando quiero escapar por un tiempo de mi rutina...?», murmuré.

Les expliqué a mis nuevos amigos, amigos en el sentido de amigos de la infancia, es decir, cuya relación se basa principalmente en la proximidad, que aquella situación había rebasado mi límite de frustración y que iba a intentar continuar por otro camino. Tras un último comentario acerca de su reserva de las seis, el propietario de la furgoneta hizo cuatro maniobras para dejarme pasar, y crucé la mediana. A continuación, proseguí en la dirección opuesta.

Desbloqueé el teléfono móvil y abrí una aplicación de mapas. «Error. Se ha producido un error de red desconocido». Eso era todo lo que aparecía en la pantalla.

A medida que avanzaba hacia el sur, sabiendo que debería estar dirigiéndome hacia el norte, mi frustración iba en aumento. Recorrí unos ocho kilómetros sin ver ninguna salida, luego quince, veinte, treinta, y no encontré forma alguna de poder salir de la carretera.

«De hecho, el día que encuentre una salida ya no importará demasiado, puesto que no tengo la más remota idea de cómo llegar a donde quiero ir», me dije a mí mismo en voz alta, cosa que hizo evidente mi deteriorado estado mental.

Finalmente, en el kilómetro treinta y siete, apareció una salida.

«Esto es totalmente inaudito», pensé para mis adentros mientras llegaba al final del carril de sa-

lida. «Debo de estar en el único sitio del planeta donde, en un cruce de carreteras, no hay ninguna estación de servicio, ningún restaurante, ni siquiera un merendero o algo por el estilo.» Miré a mi izquierda. No había nada. A mi derecha el panorama era igual de halagüeño.

«Bien», me dije, «por lo visto no importa demasiado hacia dónde me dirija».

Giré a la derecha y mentalmente calculé que me dirigía hacia el oeste. En la próxima intersección debería volver a girar a la derecha, y entonces al menos estaría yendo hacia el norte. La carretera era de dos carriles, uno me devolvía al cruce y el otro se alejaba en dirección contraria. La verdad es que no estaba seguro de por dónde continuar. Apenas circulaban coches. Y los indicios de algún tipo de civilización en los alrededores aún eran más escasos. Vi una casa aislada, algunas granjas, y luego tan solo bosques y pastizales.

Una hora más tarde estaba oficialmente perdido. Los únicos cruces que había encontrado eran pequeños, y estaban marcados con ese tipo de señales que te indican de inmediato que lo tienes mal. Cuando has recorrido sesenta kilómetros sin ver a ningún otro ser humano, y la carretera por la cual circulas se llama «antigua carretera de»,

como la Antigua Ruta 65, puede decirse que tu situación es ciertamente desoladora.

En la siguiente intersección, que, de hecho, no era mucho mayor que el resto, giré a la derecha. Fue un acto de desesperación. Al menos estaría dirigiéndome hacia la dirección magnética correcta, aunque no tuviera ni la más remota idea de dónde me encontraba. Y, para colmo, el nombre de esta carretera también empezaba por «antigua».

3

Eran casi las ocho de la tarde y el sol empezaba a ponerse en el horizonte. A medida que el día iba extinguiéndose, mi estado de frustración continuaba en ascenso.

—Debí haberme quedado en la autopista —exclamé irritado—. ¡Antes estaba cabreado por haber perdido una hora, y ahora ya he perdido dos, y todavía no tengo ni pajolera idea de dónde estoy!

Pegué un puñetazo al techo del coche, como si el pobre tuviera la culpa de lo que me estaba pasando, o como si eso sirviera de algo.

Quince, veinte, veinticinco kilómetros más, y todavía nada de nada. Me quedaba menos de medio depósito de gasolina, lo que significaba que, por lo que sabía, dar la vuelta ya no era una opción viable. El combustible no me alcanzaría para llegar al sitio de partida, eso suponiendo que supiera cómo hacerlo. Y si lo supiera, tam-

poco había una sola estación de servicio en toda la carretera.

Mi única alternativa era seguir adelante, con la esperanza de encontrar pronto algún sitio para repostar y comer algo. El indicador de mi nivel de frustración seguía moviéndose en dirección contraria al indicador de mis reservas de gasolina.

Había planificado este viaje precisamente para evitar ese sentimiento de frustración. En casa, con el trabajo, las facturas y la rutina diaria en general, ya tenía suficiente. Aquí no me hacía ninguna falta. Se suponía que gracias a esta excursión podría relajarme y «cargar las pilas».

«Qué expresión tan curiosa», pensé entonces: «cargar las pilas». Quemarse, cargar las pilas, volver a quemarse, cargar otra vez las pilas... ¿No es un auténtico círculo vicioso?

El sol se había puesto totalmente, invisible ya tras la línea que formaban los árboles a lo lejos; poco a poco el crepúsculo iba cerniéndose sobre el paisaje. Las nubes, jaspeadas de tonos rosados y anaranjados, reflejaban las últimas luces del día. Sin embargo, yo apenas pude fijarme en aquel cielo, absorto como estaba en la conducción y en el empeoramiento de mi situación. Continuaba sin ver ni rastro de gente.

Di un vistazo de nuevo al indicador del combustible. «Menos de un cuarto de depósito, y bajando», dije en voz alta.

La última vez que había dormido en el coche fue un día que volvía del instituto. Hacía muchos años de aquello, y no tenía intención de repetir la experiencia. Pero, por desgracia, todo parecía indicar que sería lo más probable.

«Necesitaré dormir», pensé, «si no, no tendré suficientes fuerzas para caminar en busca de ayuda cuando el coche se quede sin combustible».

4

Justo cuando el indicador de la gasolina empezó a descender por debajo de la línea roja, vi una luz. En un impulso, provocado por lo estúpido de mi situación, había decidido girar a la izquierda en un cruce que había encontrado unos kilómetros antes. Nada me hizo pensar que tomando esa dirección tendría más posibilidades de encontrar a alguien, pero lo hice de todos modos. Al menos aquella carretera no empezaba por la palabra «antigua»; esa había sido mi justificación en ese momento.

«Un acto de desesperación que seguramente valdrá la pena», me dije en voz alta.

A medida que me acercaba a la luz, pude comprobar que se trataba de una farola. Una farola aislada que iluminaba intensamente un lugar tan remoto que podríamos decir que se encontraba en medio del centro de ninguna parte.

«Por favor, que aquí haya algo», «por favor, que aquí haya algo», repetí a modo de mantra

mientras recorría los casi cuatrocientos metros que me separaban de la farola. ¡Y vaya si había algo!

Al llegar allí, salí de la carretera y me metí en una especie de aparcamiento de tierra y grava. Para mi asombro, ante mí había un pequeño edificio, rectangular y de color blanco. El nombre del establecimiento estaba en el tejado, escrito en letras de neón azul claro: *Un café en el fin del mundo*. Más sorprendente aún era que fuera había otros tres coches aparcados.

Aquello me hizo pensar que, vinieran de donde vinieran, era del todo imposible que fuese del mismo sitio que yo, puesto que no había visto un alma, como mínimo, durante la última hora de mi peregrinaje. Ese hecho era posiblemente una buena señal. «Supongo que sabrán mejor que yo cómo salir de donde sea que estemos.»

Bajé del coche y estiré los brazos por encima de la cabeza; tenía el cuerpo totalmente agarrotado. Luego me encaminé hacia la entrada del café. A mi alrededor reinaba una oscuridad absoluta, excepto por una gran luna en fase creciente y por miles de estrellas. Al abrir la puerta, una serie de campanillas que colgaban en la parte interior anunciaron mi llegada.

Inmediatamente noté cómo me envolvía una cálida oleada de apetitosos aromas. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo hambriento que estaba. No pude identificar exactamente qué era lo que desprendía aquel maravilloso olor, pero decidí que pediría tres raciones de aquello, fuera lo que fuera.

5

Dentro, el local parecía una clásica cafetería de carretera americana. Alineados junto a una larga y estrecha barra de bar, había una serie de altos taburetes cromados tapizados de color rojo vivo. De extremo a extremo, bajo las ventanas frontales, había una hilera de cabinas rojas, con una mesa en medio de cada una. Encima de las mesas había un azucarero de cristal, una pequeña jarra, que supuse que contenía leche para el café, y un par de recipientes a juego para la sal y la pimienta.

Cerca de la puerta de entrada, sobre una mesita baja, había una vieja caja registradora y, al lado, un perchero de madera. Enseguida me sentí perfectamente cómodo; era el típico local donde podías pasarte horas charlando con los amigos mientras tomabas algo. Por desgracia, yo había decidido venir solo.

Una camarera interrumpió su conversación con una pareja en una de las cabinas del fondo. Me sonrió y dijo:

–Los asientos son libres, aparca donde quieras.

La sangre aún me hervía a causa de toda la rabia y frustración que había ido acumulando durante las últimas cuatro horas; pero hice un esfuerzo por tranquilizarme y devolverle la sonrisa.

Escogí una cabina cerca de la puerta. Al deslizarme sobre aquel asiento de vinilo rojo, me llamó la atención su aspecto impecable, como recién estrenado. Miré a mi alrededor y me sorprendió que todo pareciera tan nuevo.

«No sé a quién debe pertenecer esto, pero sea quien sea debe de intuir que aquí se producirá un gran crecimiento urbanístico», pensé, «si no, no montaría un negocio como este en medio de la nada».

–¡Hola!

Una voz interrumpió mis profundas reflexiones acerca de la adquisición de terrenos a precios económicos y las posibilidades de edificar complejos urbanísticos. Se trataba de la camarera.

–¿Qué tal? Mi nombre es Casey.

–Hola, Casey. Soy John, y creo que estoy un poco perdido.

–Así es, John –me respondió con una sonrisa un poco pícaro.

Por la forma en que lo dijo, no supe si estaba afirmando que mi nombre era John o que estaba perdido.

—¿Por qué estás aquí, John? —me preguntó de golpe.

—Pues, el hecho es que estaba de viaje y surgieron algunos problemas. Tuve que cambiar la ruta inicial, luego intenté rehacer el camino, y finalmente me perdí. Para colmo, durante el proceso casi me quedo con el depósito vacío, y me muero de hambre.

Cuando terminé de exponerle mi inventario de infortunios, Casey volvió a sonreírme con picardía.

—Te diré lo que vamos a hacer —me dijo—. Por lo que refiere a tu problema de inanición, estoy segura de que podremos ayudarte. Y por lo demás, ya veremos.

Casey cogió una carta del montón que había encima de la barra y me la dio. Alargué el brazo para cogerla, y no estoy seguro de si fue a causa de la luz, o de mi agotamiento por haber conducido tantas horas, pero hubiera jurado que las letras impresas sobre la carta desaparecían y volvían a aparecer de manera intermitente. «Debo de estar realmente cansado», pensé mientras dejaba la carta sobre la mesa.

Casey se sacó una pequeña libreta del bolsillo y se dispuso a apuntar mi pedido. Pero inmediatamente cambió de idea y sugirió:

–Si quieres, te traigo algo de beber y mientras tanto decides tranquilamente lo que vas a tomar.

Le pedí un vaso de agua fresca con limón, y enseguida se fue a la cocina a buscármelo.

Al parecer el día se estaba arreglando. La verdad es que aquello era mucho mejor de lo que esperaba. Primero, unas cuantas horas de carretera en medio de ninguna parte, después un bar-cafetería en los confines de ninguna parte, y ahora una camarera pizpireta. Cogí la carta de la mesa y me fijé en la portada.

En la parte superior de la página podía leerse: «Bienvenido a *Un café en el fin del mundo*». Y debajo, en letras negras y más pequeñas, decía: «Antes de pedir, por favor, consulte a nuestro personal acerca de cuál puede ser el significado de su estancia aquí».

«Espero que signifique poder comer algo bueno», pensé al abrir la primera página.

La carta contenía una lista con los típicos platos que se suelen servir en los bares. Los desayunos estaban en la parte superior izquierda; los sándwiches y bocadillos, abajo a la izquierda; los entrantes y las ensaladas, en la parte superior derecha, y

los platos principales, al final de la página. Hasta aquí, todo normal. La sorpresa vino cuando le di la vuelta a la carta. En la contraportada, bajo el siguiente encabezamiento: *Temas para reflexionar mientras esperas*, había tres preguntas:

¿Por qué estás aquí?

¿Te da miedo la muerte?

¿Te sientes realizado?

«¡Vamos, como dar una ojeada a las páginas de deportes en el periódico!», me dije a mí mismo. Estaba a punto de releer las tres preguntas cuando llegó Casey con mi vaso de agua.

–¿Todo bien? –me preguntó.

Le di la vuelta a la carta y, señalando el nombre de la cafetería, le pregunté:

–¿Qué significa?

–Bueno, la verdad es que cada uno parece tener su propia interpretación –respondió–. ¿Qué vas a tomar? ¿Ya lo has decidido?

Aún no estaba preparado para pedir. Incluso se me pasó por la cabeza coger la chaqueta y marcharme, pero no lo hice. Definitivamente, había

algo diferente en ese lugar, y no acababa de vencerme de que era diferente en un sentido positivo.

–Lo siento, Casey, me temo que necesitaré un poco más de tiempo.

–No te preocupes –repuso–. Tómate el tiempo que quieras, y dentro de un rato vengo a ver cómo andas. Y John –añadió con una sonrisa–: quédate tranquilo. Aquí estás en buenas manos.